

Las conclusiones del profesor Aznar Gil señalan que los indios están sometidos a una legislación paternalista propia de una concepción del indio como menor de edad, como párvulos: "Los indios cristianos son considerados en igualdad de derechos fundamentales con los restantes cristianos. Pero en atención a la consideración de *menores de edad* les limita los derechos en algunos aspectos y fija normas tutelares del crecimiento de estas *plantas nuevas y tiernas en la Iglesia*" (pp. 239-240).

Concluye esta obra que estamos recensionando con el trabajo del Prof. Antonio García y García, titulado "Salamanca y los Concilios de Lima". Es conocida la producción del profesor salmantino sobre los Concilios y Sínodos provinciales de América, de la que ya nos hemos ocupado en esta revista (Scripta Theologica 15 [1983/3] 1029-1031; 17 [1985/1] 349-350; y 18 [1985/2] 718-720). En esta ocasión estudiará con profundidad las circunstancias del II Concilio Limense, sus antecedentes, historia del texto, su publicación, etc. Compara el catecismo de ese Concilio y las Actas, con la obra del jesuita José de Acosta *de procuranda Indorum salute*; pues es sabido que Acosta es discípulo de Vitoria y participa de la Escuela de Salamanca en gran parte; de ahí la importancia de su influencia en Lima. Así concluirá: "El tercero Limense fue un punto de culminación reformista, una meta de llegada de esfuerzos e iniciativas anteriores, y una rampa de lanzamiento hacia la larga singladura que se extiende nada menos que hasta finales del siglo pasado. Su impulso se vio reforzado considerablemente por la obra *De procuranda Indorum salute*, que paradójicamente no era, en la mente de su autor un tratado de misionología, sino un informe y diagnóstico de la situación del virreinato del Perú al filo de la década de los años 70 del s. XVI" (p. 348).

En suma el conjunto de los tres trabajos resulta una buena aportación al estudio de la evangelización en América; falta, con todo, todavía un verdadero *ius sacramentarium*, en el que ya se trabaja en el Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla, y que esperamos pueda estar acabado en pocos años.

J. C. MARTÍN DE LA HOZ

Alberto VICIANO, *Cristo el autor de nuestra salvación. Estudio sobre el comentario de Teodoro de Ciro a las Epístolas paulinas*, EUNSA, Pamplona 1990, 251 pp., 24 x 15, 7.

El Dr. Viciano nos ofrece en este trabajo el fruto de las investigacio-

nes que ha realizado sobre Teodoreto de Ciro en el Instituto Franz Joseph Dölger de la Universidad de Bonn, bajo la dirección del Prof. Ernst Dassmann. Anotemos también que para realizar esta obra el A. ha contado con la ayuda de la prestigiosa Fundación Alexander von Humboldt.

El estudio del Dr. Viciano se inscribe dentro del marco de las investigaciones que últimamente se han desarrollado en torno a la exégesis patristica de los escritos paulinos. Baste recordar a este propósito la reciente publicación de J. RIES, F. DECRET, W. H. C. FRENK, M. G. MARA, *Le epistole paoline nei manichei, i donatisti e il primo Agostino*, Roma 1989, que recoge las actas de un encuentro internacional sobre esta temática celebrado en el «Augustinianum». Nuestro A. ha seguido más en concreto una de las líneas de investigación del Prof. Dassmann, centrada en la recepción de San Pablo por los Padres de la Iglesia. Esta línea fue iniciada por dicho profesor con su obra, *Paulus in der frühchristlichen Literatur bis Irenaeus*, Düsseldorf 1979, y continuada con trabajos posteriores como *Zum Paulusverständnis in der östlichen Kirche*, en *JbAC*, 29 (1986) 27-39.

Pensamos que ha sido un acierto estudiar el corpus paulino en un autor como Teodoreto de Ciro, que tiene una importancia teológica indudable en el siglo V, pero que no ha merecido la atención debida por parte de los estudiosos; y si nos circunscribimos al ámbito hispánico, casi podríamos decir de él que es un desconocido. Por ello nos congratulamos de la publicación de este libro, que ayudará a rellenar las lagunas existentes en torno a este Padre de la Iglesia. De todas maneras, para los que no están muy versados en la bibliografía de Teodoreto recordaremos que la investigación moderna se ha ocupado sobre todo de los *Comentarios* de este autor al Antiguo Testamento. Y, en este sentido debemos consignar las importantes ediciones críticas realizadas, como las de N. Fernández Marcos, A. Saenz Badillas, J. R. Busto y Guinot; así como los estudios de Simonetti y Rossiter. Y por lo que respecta a los *Comentarios* al corpus paulino, no se deben pasar por alto los trabajos de Parvis, Meyendorf, Sanna, Rossi y Lienhard.

Pasando ya a examinar el contenido del presente volumen hay que decir que comienza con un prólogo del Prof. Dassmann, y acto seguido el A. hace una presentación, que tiene un carácter introductorio. Luego pasa a estudiar la metodología hermenéutica utilizada por Teodoreto para interpretar la S. Escritura (cap. I). Seguidamente se ocupa de mostrar la recepción teológica que hace el antioqueno del pensamiento paulino, siguiendo un orden sistemático, según se trate de cuestiones relacionadas con la cristología (cap. II), soteriología (cap. III), eclesiología (cap. IV), o antropología (cap. V). A las conclusiones dedica dos apartados: uno, que

se centra en unas consideraciones acerca del valor polémico y antiherético del *Comentario a las Epístolas paulinas*, mientras que el otro es una valoración de la metodología de Teodoreto en relación con la de Teodoro de Mopsuestia. La obra se completa con unos buenos índices de autores antiguos, modernos y de citas bíblicas.

El A. ha sabido desentrañar la finalidad que presidía el modo de actuar hermenéutico de Teodoreto. Afirma el Dr. Viciano que para el teólogo antioqueno no tiene ningún interés ser original en la exégesis bíblica, sino más bien ser fiel al pensamiento paulino y pide ayuda a Dios para que con la gracia divina pueda afrontar debidamente esa tarea hermenéutica. Otra nota destacable de su quehacer exegético es su línea de continuidad con la tradición eclesiástica anterior.

Nos ha gustado especialmente el capítulo I, dedicado a los principios hermenéuticos de Teodoreto. El A. hace una afortunada profundización de esos principios, pero conviene dejar en claro que dichos principios no los ha formulado explícitamente Teodoreto, sino que es mérito del Dr. Viciano el haber sabido deducirlos de las obras del antioqueno, especialmente de sus *Comentarios* al corpus paulino. Siguiendo esta pauta deductiva agrupa dichos principios en cuatro clases: 1. Los referentes a la comprensión del *autor*. 2. Los que se relacionan con la composición del *texto*. 3. Los que inciden en una aproximación al *lector* del texto analizado. 4. Aquellos que extraen del texto consideraciones de utilidad para el *lector*.

De todos esos principios podríamos destacar por su importancia el primer grupo, que se centra en el *autor*, y que se podría formular diciendo: «El exegeta trata de identificarse lo más posible con el autor del texto». Conviene, sin embargo, recordar que este criterio hermenéutico no es absolutamente genuino de la exégesis cristiana. Ya en la antigua enseñanza tradicional de Grecia se aplicaba a la interpretación de textos un reconocido principio, cuya formulación se nos ha conservado a través de una cita de Porfirio, según el cual un escritor ha de ser interpretado a partir de sí mismo: *Homeron ex Homeron saphenizein*, es decir, esclarecer a Homero a partir de Homero. Al hacer suyo este principio, Teodoreto es consciente de la autoría divina de la S. Escritura, y de ahí la petición de la gracia divina, como una ayuda que le capacite para llevar a cabo esa empresa exegética. Naturalmente esta actitud del exegeta no significa un desconocimiento del hagiógrafo humano, puesto que el Obispo de Ciro tiene en cuenta otro principio, que sintetiza de esta manera: «El exegeta intenta descubrir en el texto un don profético del autor». Este carisma lo reconocía Teodoreto en S. Pablo y en otros escritores sagrados, como se puede observar en su comentario a 1 Tim 3, 14-15.

Otro criterio en esta misma línea es tener en cuenta la finalidad (*skopos*) del autor. Las alusiones a la finalidad que se propone S. Pablo son frecuentes a lo largo del *Comentario*, como por ejemplo, cuando analiza el pasaje final de Rom 13. Este criterio se complementa con el siguiente: «El exegeta procura conocer y precisar las circunstancias externas e históricas que ayuden a comprender la finalidad de Pablo». Y otro tanto se puede decir de los principios que hacen referencia al estilo literario y a las dificultades lingüísticas del texto paulino.

También resultan muy esclarecedoras las páginas del capítulo III, destinadas a exponer la obra salvífica de Cristo. En ellas, aunque se distinga bien el fondo de la tesis de una cristología tipo *Logos-anthropos* que es característica de la Escuela de Antioquía, sin embargo, Teodoreto no se excede en la valoración de la humanidad de Cristo, como haría Nestorio, sino que sigue en este punto los pasos del Crisóstomo, dando relevancia a la humanidad de Cristo, pero sin que esto altere el sentido de su divinidad. Descubre acertadamente el A. la pretensión de Teodoreto de crear un clima de conciliación con los alejandrinos y de sostener tesis que preludian la cristología calcedonense. En síntesis, el Obispo de Ciro presenta la naturaleza humana del Salvador como un instrumento de la divinidad del Hijo en el desarrollo del plan de salvación.

En fin, otras muchas relexiones podríamos hacer sobre el contenido de esta importante monografía, pero para no alargar más esta recensión debemos poner punto final; no sin antes declarar que la lectura de este libro es enriquecedora, no sólo para los especialistas en la teología de los Padres de la Iglesia, sino también para los cultivadores de la exégesis bíblica y los estudiosos de la teología sistemática.

D. RAMOS-LISSÓN

Léon E. HALKIN, *Erasme. Parmi nous*, Fayard, Paris 1988, 500 p., 14 x 22.

Etienne Gilson escribió que, para poder definir la Edad Media, habría que atreverse a definir primero a Eloisa, después a Petrarca y después a Erasmo. Gilson presentaba esto como un imposible para desautorizar a quienes han intentado dar al calificativo de “medieval” un valor parcial y, en muchos casos, peyorativo. Las palabras de Gilson nos sirven ahora para introducir esta recensión, recordando que la figura de Erasmo no puede ser, tampoco, reducida a una corta definición, sin riesgo de falsear su verdad histórica.